

La vida de la crítica. Literatura y pensamiento posthumanista en la ensayística argentina reciente

por *Julieta Yelin*
(Universidad Nacional de Rosario-CONICET)

RESUMEN

El trabajo parte de la hipótesis de que la corriente de pensamiento posthumanista no es una forma “post” más de resistencia a la teoría sino, por el contrario, una perspectiva que apuesta a teorizar, tomando como eje de sus reflexiones la drástica transformación del escenario humanista. Nos interesa, pues, estudiar la vinculación de esa hipótesis con una serie de prácticas de lectura literaria realizadas en nuestro país en los últimos años a partir de dos preguntas: ¿cuáles son las hipótesis que la crítica literaria toma del vasto campo del pensamiento posthumanista?, y ¿qué efectos tiene sobre nuestra concepción del fenómeno literario el cuestionamiento de la distinción humano/animal a partir del recentramiento de la noción de “vida”?

CRÍTICA LITERARIA – ARGENTINA – PENSAMIENTO – POSTHUMANISMO – VIDA

¿Qué quiere decir entonces que el arte haya ido más allá de sí mismo? ¿Significa verdaderamente que para nosotros el arte se ha convertido en pasado?, ¿que ha descendido a la tiniebla de un crepúsculo definitivo? ¿O más bien quiere decir que el arte, cumpliendo el círculo de su destino metafísico, ha penetrado de nuevo en la aurora de un origen en el que no sólo su destino, sino el del hombre podría ser cuestionado desde el principio?

Giorgio Agamben. *El hombre sin contenido*.

Como suele suceder, estas páginas tienen su germen en un trabajo anterior en el que me proponía deslindar algunos de los aportes que los estudios acerca de la llamada “cuestión animal” podrían hacer al discurso de la crítica literaria.¹ Se remonta, más concretamente, a un momento en el que intentaba dar respuesta a una objeción que imaginé Miguel Dalmaroni haría a los “usos” de algunos aportes provenientes de la corriente de pensamiento posthumanista en el discurso de la crítica literaria. Digo que lo imaginé porque, efectivamente, el texto en el que hacía pie mi imaginación –el artículo “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana”–² no hace ninguna referencia al posthumanismo. En ese trabajo Dalmaroni repasa la crisis de la teoría literaria en el ámbito académico latinoamericano durante los grises años noventa, declinación que estuvo acompañada –y en gran medida fogueada– por el crecimiento de los estudios llamados “posteóricos” (o, según el caso, “posdisciplinares”, “poscoloniales”, “posoccidentales”), que vinieron a clausurar una etapa de exaltación teórica cuyo mayor exponente había sido la deconstrucción derrideana. Una avanzada filosófica que, como observa Dalmaroni, llegó a saturar con su jerga los estilos de las escrituras críticas hasta sumirse, finalmente, en “una agonía autoprovocada” (48).

Me pregunté entonces si era posible identificar al pensamiento posthumanista con esas corrientes “post” que habían negado a la literatura la “especialidad” que parecía haberle ofrecido la teoría –y digo “parecía” aceptando que si la literatura es especial para la teoría, lo es solo en el sentido que Giorgio Agamben dio con tanta justeza a la noción de “especial”: aquello que no es un ser sino un modo de ser, que no tiene nada de sustancial ni de personal, “un acontecimiento– que, no pareciéndose a *ninguno*, se parece a todos los *otros*” (2005a: 75). Los discursos “post” fueron precisamente aquellos que partieron de la certeza de que los tiempos de

¹ “Sobre la literatura de animales. Apuntes para una crítica indisciplinares”. Monográfico “Políticas de la literatura hoy”. *Prosopopeya. Revista de crítica contemporánea*. Universidad de Valencia. En prensa.

² Publicado en la revista *452F*, en un monográfico dedicado a la historia y los usos hispánicos de la teoría.

la especialidad de la literatura (en un sentido casi aristocrático) habían felizmente terminado, y de que había llegado, al fin, la hora democrática de la cultura. La postautonomía sería, considerado así el problema, una respuesta de una vertiente de la crítica a la idea de especialidad literaria, pero entendiendo –o, más bien, malentendiendo– a ésta en términos metafísicos.

La respuesta que inventé para la objeción imaginaria de Dalmaroni (que diría algo así como “el posthumanismo podría ser una nueva máscara –coquetona y vistosa, sí, pero una más al fin– de los ahora también declinantes estudios culturales”) me sirvió para definir con mayor claridad qué es lo que podría ser considerado valioso de las perspectivas filosóficas no-antropocéntricas y cuáles serían las buenas nuevas que éstas podrían traer –y, como veremos, ya están trayendo– a nuestro campo disciplinar; es decir, a los estudios literarios con vocación teórica.

Vuelvo un poco atrás para desarrollar mejor el argumento. La respuesta imaginaria a las objeciones imaginarias me hizo preguntarme cuáles serían los rasgos, si los hubiera, que ligarían a la crítica de ascendente posthumanista con las corrientes “post”, y cuáles son aquellos que la distanciarían. En efecto, hay en el gesto de desplazamiento de lo humano como centro y clave de inteligibilidad del mundo la voluntad de escapar a las lecturas que invisten a la literatura con ciertos valores –la belleza, la complejidad, el potencial interpretativo de la realidad, el poder de revelar la verdad del lenguaje, su potencia revulsiva, o cualquier otro–; valores que la legitiman, que la vuelven, por decirlo así, un arte con mayúsculas. El rechazo de esas morales de la forma que inevitablemente derivan en morales del contenido –en tanto contribuyen a la sacralización de las artes como vías regias de expresión de “lo humano”– es, ciertamente, un rechazo de la estética, disciplina históricamente datable que, con todo ello, viene funcionando desde hace al menos tres siglos como fundamento de tantas otras disciplinas, entre ellas la historiografía y la crítica literaria. El posthumanismo comparte, entonces, con los estudios culturales el cuestionamiento a la autoridad metafísica de la estética, considerándola un modo caduco de establecer los confines de lo artístico, jerarquizar las prácticas y arbitrar la rigurosidad de los juicios sobre ellas.

Pero, al mismo tiempo, es importante recordar que no existe en las teorizaciones recientes de los filósofos abocados a la “cuestión animal” la intención de borrar las fronteras entre las diversas disciplinas que abordan las prácticas artísticas en pos de la creación de un objeto cuyos límites bordean el gran magma de la cultura. El objetivo de la crítica de raigambre posthumanista es, en cambio, que cada disciplina, haciendo lo que sabe hacer, enriquezca su universo conceptual a través de la incorporación de perspectivas concebidas por otros saberes, atravesando sin demasiados miramientos la línea invisible pero tan resistente que separa a las ciencias llamadas “duras” de aquellas que son consideradas como “humanísticas” –un muro levantado, desde ya, por la ideología humanista, que suele traducir cualquier diferencia al lenguaje de las dicotomías y las subordinaciones–. Para traerlo a nuestro campo de estudio: ni la reducción de lo literario a una esencialidad de la que ningún saber, por riguroso que fuera, podría decir nada –a menos que se contentara con estrellarse una y otra vez contra la elegante muralla de lo inefable–, ni su subordinación a realidades consideradas más “objetivas” o “auténticas”, ya sean éstas históricas, políticas, científicas o culturales. Es decir: se trata de una apuesta por darle a la literatura un lugar “especial”; un modo de ser sin ser que pide una crítica capaz de abandonar la costa segura del universo metafísico. El desafío parece ser que las lecturas hagan toda la resistencia posible –al final siempre se pierde, tal es la resistencia del lenguaje– a las categorías que “defienden” a la literatura –y con ella, claro, al “hombre”–, en lugar de examinar las formas de su ausencia.

Hombre y Literatura son categorías solidarias en los discursos antropocéntricos y si se ataca a una, ésta arrastrará indefectiblemente a la otra. Y más demoledor será el efecto si el blanco es el lazo que las une: afirmar la no-identificación entre hombre y obra, entre la subjetividad del artista y su materia, vale decir, sostener que ningún contenido se identifica de manera inmediata con la intimidad de una conciencia, implica aceptar que la condición de la experiencia artística es la del desgarramiento. Eso que debería enlazar a ambos, darles continuidad, está ausente, o al menos no es perceptible para el lector. Allí donde debería haber “obra”, “unidad”, “sentido”, solo hay lenguaje. Allí donde debería haber “hombre”, “unidad”, “sentido”, sólo hay lenguaje. Hecha esta constatación, la literatura se convierte, para tomar otra definición

de Agamben, en “una nada que se aniquila a sí misma” y el escritor en un “hombre sin contenido”.

Pero ¿qué hacer, entonces, con una disciplina, la nuestra, que se aboca a un paisaje de destrucción, a un campo disciplinar semi baldío? ¿Qué función podría tener allí la noción de vida, con su apertura a formas más complejas y cambiantes de pensar las obras –en el sentido de procesos creadores, no de productos acabados– del lenguaje? ¿Podrá salvar nuestra práctica y, con ella, nuestra fuente laboral? Veamos, al menos brevemente, qué rol comienza a cumplir en un conjunto de ensayos publicados en revistas, dossiers y libros recientes, todos ellos dedicados al examen de la “cuestión animal”.

Lecturas vivas

La declinación de los estudios culturales³ y el ya difícil retorno a perspectivas estrictamente formalistas, están generando interesantes movimientos que, creo, apuntan a desarmar la clásica dicotomía entre arte comprometido y arte por el arte –y su pálido reflejo en la crítica, dividida entre immanentistas y contextualistas. Los investigadores afines al campo de la “cuestión animal” que eligen a la literatura como objeto principal de sus reflexiones se proponen buscar metodologías de lectura que, sin renunciar a las especificidades del lenguaje literario –fundamentalmente, a su capacidad de evidenciar las resistencias del lenguaje–, den cuenta de las “formas comunes” que permiten el establecimiento de nuevos diálogos entre literatura y filosofía, imagen y lenguaje, cuerpo y pensamiento. Con “nuevos” no quiero decir aquí “innovadores” en el sentido en el que lo utiliza el discurso científico, sino más bien creadores, generadores de más indagación y experimentación teórica.⁴

Tomamos intencionadamente aquí la expresión “formas comunes” del ensayo que publicó en 2014 el crítico argentino Gabriel Giorgi: *Formas comunes. Animalidad, pensamiento, biopolítica*. En el subtítulo se puede leer la voluntad de que las formas funcionen como centros de gravitación en torno de los cuales se aglutinan conceptualizaciones de carácter extra-literario. No se trata, está claro, de que esas formas traduzcan realidades de otros órdenes, sino de que ellas generen imantaciones de imágenes, cuerpos, subjetividades que permitan, al crear nuevos órdenes en la narración del crítico, revitalizar la lectura; esto es: poner en escena, una y otra vez, la experiencia del desgarrar: la no correspondencia entre hombre y lenguaje, entre vida y literatura, entre vida y lenguaje, y la fuerza que pugna por esa imposible unidad. Y armar, al mismo tiempo, sin renunciar a dicha tarea, que es interpretativa e imaginativa, un nuevo estado de la cuestión. En nuestro caso, de la cuestión animal.

Estas lecturas “vivas”, en las que la creación conceptual es tarea primordial –y entre las que incluimos, además de los trabajos de Gabriel Giorgi, los de Fermín Rodríguez, Florencia Garramuño y Jens Andermann sobre literatura y cultura latinoamericana moderna y contemporánea, o los ensayos en los que Raúl Antelo teje redes entre la poesía y las artes plásticas o entre la filosofía y la ficción, así como también las reflexiones que Mónica Cragnolini y Evelyn Galiazo, junto a otros investigadores afines, dedican a la escritura de Franz Kafka y a la impronta de pensamiento de Friedrich Nietzsche en la obra de algunos escritores argentinos canónicos⁵, parten del presupuesto común –no siempre explícito pero sí presente y

³ Perspectiva cuya optimista voluntad de intervención política fue en gran medida desalentada por los desarrollos teóricos de la biopolítica, que complejizaron, con su examen de algunas categorías nodales como la de “persona”, la lectura algo simplificadora de las relaciones de poder. Sobre este tema véase Rodríguez Rodríguez.

⁴ Es lo que propone Cary Wolfe cuando en “‘Animal Studies,’ Disciplinarity, and the (Post)humanities”, un trabajo señero y programático, reclama una interdisciplinariedad que no implique la renuncia a las metodologías específicas, sino que por el contrario las refuerce y enriquezca a través del ejercicio de la mirada distanciada que sólo puede ofrecer otra perspectiva del mundo, es decir, otra perspectiva disciplinar (115-16).

⁵ Véanse *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico* (Cragnolini 2010) y los dossiers “La recepción del pensamiento de Nietzsche en la Argentina” (AAVV 2001-2010).

activo— de que, justamente por su carácter móvil, resistente a la fijación, a la forma, la noción de vida puede ser una herramienta privilegiada de acceso crítico a la literatura; un instrumento de lectura capaz de iluminar zonas que el lenguaje señala sin nombrar, realidades que, por su movimiento, escapan a las conceptualizaciones y a los análisis enraizados en estructuras de pensamiento dicotómicas. Todos ellos, lectores vivos, aceptan la naturaleza indecible del lenguaje como punto de partida y no como límite del conocimiento; distinguen, con un criterio que es filosófico y tiene fuertes consecuencias metodológicas, entre lo indecible y lo inefable para buscar vías que les permitan seguir avanzando, para seguir leyendo los infinitos matices de las mutantes formas de vida. Entendiendo, claro, la particular inestabilidad de esta fórmula: que la forma —la cultura, la literatura— resiste el movimiento de la vida, que es a su vez la que le dio origen.

Pero es necesario advertir que esta apuesta por la vida no implica en modo alguno una vuelta romántica al vitalismo, sino más bien una recuperación de algunos rasgos de esa sensibilidad que todavía parece tener algo que decirnos sobre nuestro modo de entender la relación entre arte y vida; más concretamente, sobre la capacidad de la vida para interrogarnos sobre nuestros modos de ser y de crear.⁶ Estas aproximaciones suponen, en palabras de Evelyn Galiazo, “una manera de pensar, en el pensamiento [del] animal, aquello que ya nos acompaña según el modo de lo impensado” (105). Es una definición interesante porque subraya la idea de un reencuentro con lo que ya está allí, en nosotros, a la espera de ser conceptualizado; hallazgo que solo puede acontecer en el contexto una cultura que hace visible la continuidad entre todas las formas de vida y el carácter arbitrario de todo ordenamiento, de toda normativa biopolítica. “Lo impensado que nos acompaña” es una fórmula que acota con bastante precisión el horizonte del posthumanismo en tanto señala al animal: al animal otro y al animal interior con el que convivimos.

Cuando Roberto Esposito se refiere a la posibilidad de concebir una biopolítica afirmativa (2006), parece apuntar precisamente a la búsqueda de modos no violentos de relacionarnos con lo impensado, con lo que ya está acompañándonos: una política no *sobre* la vida sino *de* la vida. Para la crítica literaria, la tarea no es muy diferente: se trataría de procurar que lo que vive en los textos y que sobrepasa nuestras estructuras de pensamientos dibuje el camino, haga la teoría. Una teoría *de* la literatura y no *sobre* la literatura que aborde el problema de la vida, de lo que está vivo en la literatura, a través de la elaboración —y el préstamo, la tergiversación, la subversión conceptual—. Parafraseando a Esposito —que a su vez parafrasea a Deleuze—: si la filosofía es la práctica de creación de conceptos adecuados al acontecimiento que nos toca y nos transforma, se podría intentar repensar la relación entre literatura y vida en una forma que en vez de someter la vida a la dirección de la literatura, introduzca en la literatura la potencia de la vida.

Para terminar: si la cuestión animal, en tanto desplazamiento y opacamiento de la cuestión humana, implica una reconfiguración que pone en el centro del campo la noción de vida, ésta será, en adelante, el nuevo interrogante al que se enfrentará la crítica y al que tal vez se aferrará como a una tabla de salvación en el escenario de naufragio instituido por la crisis del aparato conceptual del humanismo. La vida de la crítica dependerá, así, de su capacidad de repensar la vida: de encontrar las maneras de nombrarla sin violentarla, de entender su funcionamiento, su no adecuación completa a la forma humana, a la forma animal, a la forma planta. Su transversalidad e impersonalidad; su carácter resistente, inaprehensible y al mismo tiempo creador. Habremos, entonces, de prestar especial atención a aquellas escrituras y lecturas que consideran la vida como fuerza que crea y aniquila, jamás como creación ni como “experiencia plena, ya constituida”; es decir, como “el llamado a lo que adviene, a lo que tiene de indeterminado y de increado el mundo” (López 239).

⁶ La apuesta tampoco supone, señala Galiazo, la aceptación de una perspectiva biológica de la cultura, aunque sí, como decíamos, una integración más desprejuiciada de los saberes de los que disponemos, habilitando un juego más libre entre lo que se considera “exacto” e “inexacto”, analítico o imaginativo —cómo pensar, si no, las exploraciones sobre la vida animal que realizan artistas plásticos en laboratorios— (véase Broglio).

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (2001-2010). “La recepción del pensamiento de Nietzsche en la Argentina” (Dossieres I, II, III, IV, V y VI), *Instantes y azares* 1-8.
- Agamben, Giorgio (2005a). “El ser especial”. *Profanaciones*, Barcelona, Anagrama.
- Agamben, Giorgio (2005b). *El hombre sin contenido*, Barcelona, Áltera.
- Broglio, Ron (2011). *Surface Encounters. Thinking With Animals and Art*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Galiazo, Evelyn (2011). “El giro animal”. *Pensamiento de los confines* 27.
- Cragolini, Mónica (2008) (comp). *Extrañas comunidades. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo*, Buenos Aires, La Cebra.
- Cragolini, Mónica (2010) (comp.). *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*, Buenos Aires, La Cebra.
- Cragolini, Mónica (2014). “Extraños animales: la presencia de la cuestión animal en el pensamiento contemporáneo”. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año 1, vol. 2. 1-20.
- Dalmaroni, Miguel (2015). “Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana”. *452°F* 12.
- Esposito, Roberto (2006). “Biopolítica y filosofía”, *La Nación* 17-09. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/840812-biopolitica-y-filosofia>.
- Giorgi, Gabriel (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- López, María Pía (2009). *Hacia la vida intensa*, Buenos Aires, Eudeba.
- Rodríguez Rodríguez, Félix (2006). “Biopolítica, animalidad y el porvenir de los estudios literarios”. *Mil Seiscientos Dieciséis*, vol. XI. Disponible en http://www.biopolitica.unsw.edu.au/sites/all/files/publication_related_files/rodriguez_biopolitica_animalidad.pdf
- Wolfe, Cary (2010). “‘Animal Studies,’ Disciplinarity, and the (Post)humanities”. *What is posthumanism?*, Minneapolis, University of Minnesota Press.